



De viaje con el CELAN

Dar vida al patrimonio: Albarracín

Pilar Sarto Fraj
Fotos: Rosa Pérez

La pasión con la que Antonio Jiménez vive y disfruta Albarracín es contagiosa desde el inicio. Nos enseña su pueblo y comparte sus sueños, sus grandes “pequeños descubrimientos”, sus reflexiones sobre qué es y debe ser la cultura y la forma de seguir para adelante frenando los riesgos y dando alternativas, sus anécdotas. . . , consigue que los 47 estemos todo el tiempo activos y haciendo un poco nuestra la trayectoria de un pueblo, una fundación y una persona que nos abre las puertas y ventanas, físicas y mentales, el día 11 de mayo de 2013.

El patrimonio genera riqueza. La contención es necesaria, si hay mucho bolsillo y poca cabeza, ¡riesgo! Arrasaremos llenando el bolsillo.

Es una de las primeras reflexiones cuando nos está explicando que la ciudad medieval se cuelga en el recinto amurallado con sus portales de Teruel, Molina y el Agua, cuando nos dice que las casas notables, las de los ricos ganaderos del siglo XVIII, se sitúan cerca de las puertas por si hay que salir corriendo. Vamos descubriendo el porqué de la piedra y su mezcla con yeso y madera, el porqué de esos pequeños rascacielos medievales que trepan buscando espacio y luz, escalonándose fachadas y tejados sobre el cimientro rocoso y llegando a unirse en el tejado, formando callejones que apetece volver a visitar de noche.



Entendemos la plaza, el zoco primitivo, como el espacio preferente donde se pulsa el ritmo de la vida, el mercado, el Ayuntamiento y el galimatías de la construcción, *rezume de la arquitectura popular*, con la torre y la muralla en lo alto. Sigue siendo lugar de encuentro, de estar, frente a las calles de paso. Nos asomamos a las arcadas que abren hacia la hoz del río Guadalaviar (‘río blanco’) y disfrutamos de la armonía entre arquitectura y paisaje, la mezcla de colores y sonidos del río con los colores y ruidos imaginados del castillo, la catedral, las casas colgadas. . . *El paisaje se mete dentro de Albarracín*. El patrimonio cultural une naturaleza y patrimonio artístico. Verde es el cañón y la floresta y las sabinas que viven en las calizas desnudas y en lo alto la ermita del Carmen. Rojos, ocre y anaranjados son los yesos del Keuper que dan lugar al valle y la vega, y dura es la roca que conforma el meandro que acoge la ciudad. El yeso rojo, islámico, como argamasa es una buena metáfora de un pueblo diverso, con huellas de muchas vidas.

La puerta del Agua define la riqueza y el valor que todas las culturas que han pasado por Albarracín han dado al agua, a la par que a las piedras de construir murallas y castillos, medinas y viviendas y en todas esas construcciones, la del poder político -con sus tres patas: obispo, Comunidad, Ayuntamiento- y la del poder económico. Antes fue el castillo, la muralla, el zoco y la mezquita.

Y economía que quiere ser sostenible para seguir siendo un pueblo vivo son esos catorce hotelitos de interior, la casa de la Julianeta y su transformación interna, la Casa de Santiago, la Posada del Adarve. . . , que tienen su lugar al lado de los palacios (los de los Navarro o los Almagro), los castillos y los recintos amurallados y las iglesias (Santiago, catedral y Santa María).

Vamos conociendo las actividades de la Fundación Santa María, las seis mil personas participando en actividades culturales, los once espacios gestionados en un único proyecto, la mezcla de restauración y dinamización cultural, la energía y la ilusión de quien hace real el cartel del centro de acogida de visitantes, ubicado en la Casa del Obispo: ¡Dando vida al patrimonio!

Recreamos la restauración del Palacio del Obispo con las explicaciones de Antonio: el granero abajo, el almacén de cobro de diezmos y primicias; las salas de conferencias, congresos y reuniones, necesarias para la vida cultural de hoy, ya que el enfoque de recuperación es que sea el embrión cultural de Albarracín como algo diferente. Casi oímos los ruidos del fútbol al lado de la puerta pintada de la ha-

bitación del vicario y disfrutamos de las obras que embellecen las pequeñas estancias, las fotografías de Bernard Plossu, la belleza de lo pequeño; las fotos de Juan Manuel Castro Prieto; las obras de artistas que han pasado y han dejado sus vivencias plasmadas en lienzos.

No es menos esa suma de pequeñas partes de pasado y presente que la belleza de las obras del museo: los tapices flamencos del siglo XVI en la sala y el salón del trono; el oratorio transformado en sala de exposiciones de las piezas textiles; la capilla privada del obispo, barroca con trampantojos; las músicas de la catedral; el pez de cristal de roca, milanés del siglo XVI, y la cocina con grasera que se empareja con la cocina de la fundación, donde nos preparan la comida con la que reponemos fuerzas para continuar por la tarde conociendo la catedral.

La sensación a la salida de la visita de la catedral es la de un desorden organizado que se va creando cada día, en cada momento. . . Hemos ido pasando de una estancia a otra, subiendo y bajando y hemos entendido que todo es importante y valorado, desde el rechapado de metal de la puerta a las tablas que pasan de unos altares a otros y que se van estudiando para conformar el puzzle y la mezcla. A todos nos hubiera gustado ser la restauradora que descubre y saca con bisturí el estarcido de la cúpula y las paredes de la entrada o la que va "dibujando" el coro sacando las pinturas y, sobre todo, la que va haciendo las catas en paredes y pilastras. ¿Cómo harán para no continuar y dejar solo el rectángulo de la cata? Nos hubiera encantado estar en un rinconcito cuando se iban sacando las pinturas del siglo XV y en el debate sobre si sería la puerta primitiva de la catedral medieval, cerrada y pintada después, dando o no acceso al claustro superior.

Disfrutamos del XVI (el retablo mayor, el de San Pedro, la sillería del coro con las misericordias, el facistol), del XVIII (la capilla del obispo Navarro, la sacristía) y de repente nos encontramos con la bóveda de cañón apuntada y pasamos por ella, estamos debajo de la torre. Y de pronto estamos en una capilla que pudo ser el mihrab.

Las callejuelas y la mezcla de naturaleza y paisaje de Albarracín están reflejadas en su catedral, es un laberinto de vida y una mezcla de colores y de artesanos, de vida y de proyectos en marcha; nada es definitivo, todo tiene un lugar pero pudo tener otro y puede tenerlo todavía: si una estela romana puede ser un sillar de la catedral, ¿quién no dice que otra cosa pueda reocupar un nuevo lugar? Un claustro puede cerrarse para tener menos frío y tener en sus paredes un valioso vía crucis, "otro tajo para seguir estudiando" y a la par, la calefacción por debajo del nuevo suelo. El siglo XX sale malparado, ciertamente, menos mal que al final se arregló un poco. . . Los dos polos están patentes en la capilla en la que se rompen pinturas para abrir



En el mirador del espacio protegido de los pinares de rodeno.

ventanas pero a la vez se restauran las pinturas que quedaban con cuidado y mimo. El belén de una de las paredes es otra metáfora del belén o torre de Babel que nos imaginamos que son todas las obras de la catedral.

Nos gusta que las cosas se vayan haciendo así, poco a poco, con sentido, pensando, y de forma endógena, por los propios que empezaron siendo participantes en talleres; intercambiando opiniones con expertos que se han convertido ya en casi iguales, modificando los puntos de vista e imaginando otros posibles.

Siguiendo la mezcla entre arte y naturaleza, la última parte de nuestra visita a Albarracín se desarrolla en el Parque Cultural de Albarracín, espacio protegido de los pinares de rodeno porque así se llaman las rocas y los pinos resineros. Antonio también nos explica los afloramientos de areniscas que conforman torres con pináculos, entrantes y salientes, tafones con microformas y árboles que crean microambientes. De nuevo verdes y rojos de la mano.

Y entre toda esta belleza, doce abrigos con pinturas rupestres protegidos, más los que queden por descubrir. Disfrutamos del "abrigo del arquero de los callejones cerrados" (de nuevo las calles de Albarracín se han venido aquí) descubierto por Martín Almagro en 1953 y que es el símbolo actual del parque.

Para terminar, "nos asomamos al balcón" y vemos el escarpe de rodeno y la gran fosa del Jiloca, con la Sierra Palomera al fondo, una buena despedida, ya que por ahí volveremos a Andorra y -como en las idas y venidas de la catedral- cualquier día regresaremos para seguir disfrutando de lo que sigan haciendo los de la Fundación Santa María.

Nos despedimos de Antonio dándole las gracias por descubrirnos Albarracín, dejándole una muestra de nuestras publicaciones, un trocito de vida del CELAN.



Uno de los doce abrigos rupestres.



Arte y naturaleza se dieron la mano.